

Un encuentro fugaz con Gutiérrez Nájera

Claudia Canales

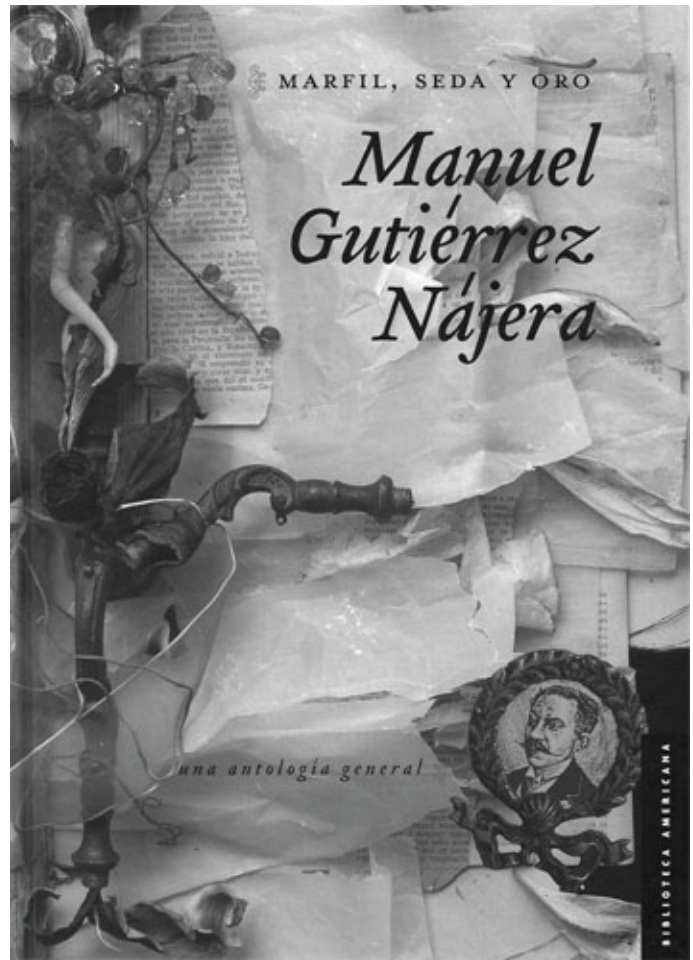
Un autor de autores que nutrió la prensa del último tercio del siglo XIX mexicano con diversos seudónimos y textos de numerosas afiliaciones genéricas: ese es el caso del emblemático Manuel Gutiérrez Nájera. Acaba de aparecer el volumen Marfil, seda y oro: Manuel Gutiérrez Nájera, una reciente antología general, en una coedición de la UNAM, el FCE y la Fundación para las Letras Mexicanas, en la colección Biblioteca Americana, y de cuyo estudio introductorio retomamos un fragmento.

Caudalosa y laberíntica es la producción literaria de Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895), a quien hoy nos acercamos con el mismo placer que provoca siempre su escritura, pero también con la cautela a la que obliga la inmersión en un río cuyas fuentes, bifurcaciones y meandros no han acabado de explorar, en más de setenta años, ni los más diestros navegantes. Estos nos han legado desde luego un trazo cartográfico esencial para no extraviarnos en ese cauce al parecer inabarcable, así como distintos instrumentos todos necesarios, todos perfectibles para orientar la travesía de nuestra lectura. Sin embargo, el cotejo de las antologías y estudios realizados a partir

de la labor seminal del estadounidense Erwin K. Mapes en los años treinta del siglo pasado; los significativos hallazgos que siguen haciendo los especialistas en las colecciones hemerográficas que se han conservado más o menos completas hasta nuestros días; la libertad inherente a Nájera para escapar de los cánones genéricos, pudiendo hacer una sátira de una evocación histórica o un relato fantástico de una crónica teatral; su destreza para transfigurarse en *otro* mediante el uso obligado a la vez que lúdico de más de una veintena de seudónimos, y su desinhibida y deliberada apropiación de una multitud de autores y obras, todo esto, digo, aunado al



Manuel Gutiérrez Nájera



hecho de que parte de su producción carece todavía de ediciones fiables, sugiere que aún no hemos tocado fondo en esas aguas profundas que constituyen un hito insoslayable en el paisaje literario mexicano: la frontera de la modernidad, el advenimiento del modernismo en nuestras letras. Ante esa vastedad bien podemos preguntarnos, como lo hizo él frente a la dimensión de Victor Hugo: “¿Qué vamos a hacer nosotros, con nuestros débiles esquivos, en ese inmenso océano?”.¹

En el caso de una edición como esta, concebida para formar parte de la serie Viajes al Siglo XIX de la colección Biblioteca Americana, la respuesta a ese interrogante parece sencilla a simple vista: proporcionar al lector una visión topográfica general —y, por eso mismo, claramente insuficiente para los más ávidos y sin duda esquemática para los iniciados— del inmenso territorio que abarcó Gutiérrez Nájera en sus escasos veinte años de vida productiva. Años, por cierto, consagrados casi de manera exclusiva a su vocación de escritor compulsivo y a nutrir por todos los medios a su alcance la sustancia heterogénea, y por momentos inasible, de que están hechas sus páginas. Sin embar-

go, la tarea de perfilar el conjunto de una obra como la suya nos enfrenta por fuerza a ciertos problemas metodológicos y conceptuales que si bien han abordado, madurado y resuelto muchos estudiosos de prosapia desde diferentes perspectivas teóricas, no nos exime de volver a formularlos de manera explícita, en un afán de compartir con el lector la complejidad y la emoción de este reto editorial.

El primero de tales problemas es sin duda la dificultad para determinar, entre el cúmulo de aspectos y temas que la suma de la obra najeriana ofrece a la reflexión, aquellos que resultan prioritarios para una verdadera aproximación al autor, sin caer al mismo tiempo en una repetición más de datos biográficos y definiciones reduccionistas que han devenido lugares comunes. La condición proteica de su escritura —evidente sobre todo en más de dos mil crónicas, pero también en las obras narrativas e incluso en los artículos ensayísticos de largo aliento— sugiere desde el primer momento tal variedad de asuntos que parece imposible establecer una jerarquía que no pase por las preocupaciones individuales de quien la emprende. La visión de Gutiérrez Nájera sobre el arte y las letras, “criaderos de perlas que no ha podido todavía agotar la codicia insaciable de los explotadores”;² su

¹ El Duque Job, *El Partido Liberal*, “Humoradas dominicales. Marzo 31 [de 1888]”, primero de abril de 1888, Manuel Gutiérrez Nájera, *Obras I* (en adelante *Obras*), “*Tristísima nox*, Carta a Manuel Puga y Acal”, p. 319.

² Manuel Gutiérrez Nájera, “*Romeo y Julieta*”, *El Nacional*, 3 de enero de 1883, *Obras V*, p. 3.

naturalidad para aceptar la impronta que dejan en él los autores recién leídos; su concepción de la belleza, asociada tanto al deleite sensorial como al estremecimiento del espíritu; las ideas, a veces contrastadas, sobre la función que el dramaturgo, el cronista y el poeta deben asumir en la sociedad; su advertencia de la futilidad de los apuntes periodísticos, tan deleznable como el papel en que se vierten, y su definición política de cara al régimen de Porfirio Díaz, cuyos inicios y consolidación corren casi paralelos a la trayectoria literaria del Duque Job, son sólo algunos de los temas que obligan, cada uno por separado, a un concienzudo análisis de la obra najeriana. Un análisis, conviene subrayarlo, que es menester hacer extensivo a la vasta nómina de escritores y filósofos cuya asimilación refleja el autor, igual que reflejan los objetos “las planchas fotográficas untadas de colodión”.³ La alusión a un proceso como la fotografía, indisociable de la acción de la luz, no resulta gratuita en este contexto dada la asiduidad de Gutiérrez Nájera a las metáforas lumínicas con diverso significado, pero sobre todo en vista de la propia naturaleza de la imagen fotográfica que, contrariamente a la creencia más difundida, siempre es una reinterpretación o recreación de su referente.

Muchos otros asuntos de primer orden habría que mencionar, cuando menos a vuelapluma, para cubrir el primer horizonte problemático que aquí esbozamos. Varios de ellos se refieren al lugar transicional que ocupa el autor en el panorama más amplio del modernismo hispanoamericano, al que arribó, en su condición de pionero, aún con una clara herencia del romanticismo tardío. Fue tal vez ese residuo el que determinó su inmutable aversión al positivismo prevaleciente en amplios sectores del medio cultural de su tiempo, así como a lo que podríamos denominar su versión literaria, es decir, la paulatina conversión del realismo en naturalismo. Y si bien muy pocas cosas pueden calificarse de inmutables en el arte de un prestidigitador de la talla de Nájera, no deja de llamar la atención que en una fecha tan avanzada de su corta vida como el año 1894, evocando con admiración a Zola a propósito de la novela *Lourdes*, matizara su propio entusiasmo al declarar: “Y sin embargo, no reniego de mi credo artístico ni mudo de canon”.⁴ Aludía así a una postura ante el arte en general y las letras en particular que había empezado a definir muy tempranamente en su vida, privilegiando con juvenil vehemencia, por encima del escepticismo materialista, “todo aquello que revela los sentimientos del

poeta, ya sea por la mística meditación, ya por el ardor guerrero, ya por el lánguido suspiro”.⁵

No obstante lo que parece un apego tenaz a ciertos principios, en Gutiérrez Nájera confluyen corrientes de muy diverso signo; lecturas e intereses plurales y cambiantes; un gusto sofisticado y exquisito que, sin embargo, jamás lo lleva a encerrarse en su gabinete o en la estrechez de los altos círculos sociales que tanto le gustaban; la vocación universal y metropolitana con el arraigo permanente a la ciudad que lo vio nacer; el optimismo ante el progreso, materializado en la rugiente locomotora, junto a la conciencia amarga de la fugacidad y fragilidad de la vida. Aunque esta conciencia no lo lleva a refugiarse en la religión o el misticismo, de los que tomaba nada más los elementos externos del rito y los aspectos legendarios de la tradición para enriquecer sus crónicas y relatos, es evidente que su devoción por el arte y su amor a la belleza en cualquiera de sus formas alcanzan por momentos niveles extáticos que lindan con el anhelo de trascendencia. Pese a ello, reniega de los estados hipnóticos y alucinatorios que en los años noventa sentía que habían hecho presa de la literatura europea, la cual, “atropellada por el forzado naturalismo fue a caer en la escalinata de una iglesia gótica”.⁶

Transitaba el Duque con cierta soltura por el pequeño margen que dejaba lo que le parecía un cientificismo de cartabón, una herencia romántica de peluca desteñida, y los *excesos* parnasianos y simbolistas, por franceses que estos fueran. De igual manera conciliaba su filiación republicana liberal y su reconocimiento a la figura de Benito Juárez con la profunda animadversión que profesaba al jacobinismo y a la Constitución de 1857, a la que no perdía ocasión de denostar. Las fuerzas opuestas que jalonan las posturas del autor comprenden asimismo la grave exaltación del ideal —encarnado hacia el final de su vida por Lohengrin, el héroe germánico de la ópera wagneriana—,⁷ y la agilidad, el desparpajo y la agudeza que destilan centenares de crónicas suyas, tan livianas en sus temas, tan ligeras en su prosa, que dan la impresión de haber sido escritas en un acceso de buen humor y especial lucidez. De todo esto se desprende por supuesto cierta inasibilidad de Gutiérrez Nájera, el riesgo permanente de intentar reducirlo a un casillero

³ Manuel Gutiérrez Nájera, “El arte y el materialismo”, *El Correo Germánico*, 5 de agosto de 1876, *Obras I*, p. 52. Meses antes había escrito en un extenso comentario crítico al volumen *Páginas sueltas*, acaso un primer esbozo de las mismas ideas: “Y sin embargo, ni la opinión de literatos de merecidísimo renombre [...] han podido convertirnos a esa escuela que pudiéramos llamar positivista, y de la cual hemos sido siempre acérrimos enemigos”, Manuel Gutiérrez Nájera, “*Páginas sueltas*”, de Agapito Silva, *La Iberia*, 12 de mayo de 1876, *Obras I*, p. 111.

⁴ Puck, “Crónica”, *El Universal*, 11 de marzo de 1894, *Obras inéditas*, p. 60.

⁵ Véase al respecto El Duque Job, “Lohengrin”, *El Partido Liberal*, 12 de noviembre de 1893, *Obras VIII*, pp. 177-181.

³ El Duque Job, “*Tristísima...*”, *loc. cit.*

⁴ Puck, “Crónica”, *El Universal*, 9 de septiembre de 1894, *Obras inéditas. Crónicas de Puck* (en adelante *Obras inéditas*), p. 160. Antes de matizar su postura, el autor invoca en esta crónica a Zola, diciendo: “¡Ah, gran maestro: yo no soy de vuestros devotos más fervientes; pero cuando hincáis la garra, ¡qué león sois!”.

en el que no cabría nunca la polifonía de sus registros ni la iridiscencia de su potencia creativa. Un escritor que se define a partir de una corriente literaria, escribió él alguna vez, “es como el fatuo que para hacerse valer dice que pertenece a una familia noble. El escritor debe decir: —¡Soy yo!—”.⁸ Y Gutiérrez Nájera es, en efecto, él mismo: único en sus géneros.

Es tiempo ya de abordar lo que consideramos un segundo horizonte problemático, derivado este de la naturaleza periodística de toda la obra najeriana. Autor de un solo libro (*Cuentos frágiles*, 1883), su escritura se derramó en cambio en las páginas de los incontables diarios y semanarios de una época que había hecho de la prensa periódica la expresión privilegiada de la modernidad. Y es que la prensa no sólo era el vehículo que en cierto modo acercaba al país al “gran concierto de las naciones civilizadas” —como rezaba la retórica oficial— y creaba vasos comunicantes entre la élite política y la reducida clase media, a la que pertenecía la mayor parte de la escasa población letrada. También ofrecía a los escritores en ciernes, e incluso a los ya consumados, una alternativa para mantenerse cerca de los lectores y un medio de ganarse la vida. A diferencia de muchos otros, siempre quejosos de la tiranía del periodismo, Gutiérrez Nájera parece haber encontrado en él su medio natural; el espacio idóneo donde vaciar día a día su pluma prolífica y cubrir, mediante el recurso de los múltiples seudónimos, la variedad de tesituras que lo caracteriza. No en vano escribió en una de sus reflexiones sobre la prensa que el escritor que renegaba de ella era como “un hijo que reniega de su madre”.⁹ La frase pone de manifiesto los estrechos vínculos que existían entre el quehacer literario y el quehacer periodístico en esa última época del diarismo decimonónico, cuando el oficio no requería aún de especialización alguna y los lectores y lectoras esperaban, sí, “devorar en una página la historia diaria del mundo”,¹⁰ pero también una buena dosis de amenidad, lirismo y estilo.

Muchos se han preguntado si la eterna presencia de Nájera en las mesas de redacción no fue más que producto de apremios económicos, sobre todo a partir de su matrimonio y el nacimiento de la hija primogénita. Sin embargo, ciertas pistas en la producción najeriana sugieren que es precisamente la profunda identificación del autor con el medio periodístico y su ritmo vertiginoso uno de los elementos que, al lado de su cultura y aspiraciones cosmopolitas, definen su condición mo-

derna. El paso acelerado que exigían los periódicos y la completa dedicación a estos por parte de Gutiérrez Nájera determinaron una forma de trabajo de la cual se desprende el segundo problema que deseo abordar. Me refiero a la dispersión de sus colaboraciones en numerosos medios impresos —pues aunque fue la firma preferida de algunos no por ello dejó de publicar simultánea u ocasionalmente en varios otros—, así como también al inevitable reciclaje textual, gracias al cual podía ganar la carrera contra reloj de cada entrega e incluso ir depurando su estilo o redondeando algunos conceptos.

Esta combinación de premura y transformismo que él parangonó con la orden de última hora que recibe un cocinero provisto de escasos ingredientes (“Con lo que ha quedado de la carne fría, haga usted para mañana unos riñones”),¹¹ la consigue Nájera no sin malicia y sentido lúdico, ya ocultando a menudo el material de reuso bajo un seudónimo distinto del original, ya refiriéndose a uno o dos de sus avatares o *alter egos* cual si fueran personas diferentes y por supuesto reales, ya echando mano de otros artificios tras los que asoma cierta voluntad de confundir a sus coetáneos mediante el juego paradójico de esconderse y mostrarse. Aunque puede decirse que cada seudónimo implica una especie de alteridad literaria, esto es, la adopción de una voz y un tono específicos, la afirmación también merece matizarse: no podemos esperar que Récamier asuma nunca un aire severo, pero sí que El Duque Job y *otros najeras* nos salgan al paso con registros más diversos.

Dada su extensión, es sobre todo en las crónicas semanales donde dichos registros suelen coexistir en una misma colaboración, de manera que una anécdota cotidiana se convierte de manera gradual en una descripción lírica; una reseña teatral en una evocación mitológica; una reflexión erudita en un apunte de frivolidad aristocrática, y un ensayo crítico en un ejercicio de ensañación. La pretendida mutación de Manuel Gutiérrez Nájera en *otro* no opera de manera primordial por vía del seudónimo —recurso, por otra parte, muy frecuente a la sazón entre los periodistas, aunque llevado al extremo en el caso que nos ocupa—, sino por la habilidad para producir piezas tan bien trabajadas desde el punto de vista estilístico, tan sabias en soluciones retóricas, que al terminar de leerlas la primera vez nos dejan con la perplejidad de no saber del todo qué fue lo que pasó: ¿cómo llegamos y volvimos de Oriente en unas cuantas páginas?, ¿qué rumbo inadvertido tomó la escritura para ir a recalar en los amores de Chopin?, y por último, de manera inevitable, ¿a qué género pertenece “esto”?

Los rasgos aquí esbozados explican en parte el destino que ha tenido la obra del autor al ser rescatada de

⁸ El Duque Job, “*Táide*, de José Mérida” en “Humoradas dominicales”, *El Partido Liberal*, 20 de noviembre de 1887 en *Obras I*, “*Táide*, de José Mérida [J. Peón Contreras]”, p. 307.

⁹ M. Gutiérrez Nájera, “Los Dumas”, “Correo de México”, *El Nacional*, sin día, sin mes, 1882, *Obras IV*, p. 386.

¹⁰ Ignotus, “El periódico moderno”, *El Universal*, 4 de octubre de 1893, *Obras IX*, p. 414.

¹¹ El Duque Job, “¿Sobre qué puedo escribir?, Crónicas color de... ¿qué?”, *La Libertad*, 24 de septiembre de 1882, *Obras IX*, p. 148.

los periódicos donde vio la luz, con el fin de reunirla y presentarla al público en forma de libro. Los criterios empleados desde las primeras ediciones que realizaron los propios modernistas (Justo Sierra, Amado Nervo y Luis G. Urbina) resultan tan cambiantes como arbitrarios, problema muy comprensible en vista de la complejidad aquí expuesta. Esta situación es por demás evidente en las crónicas, cuyos abundantes pasajes narrativos a menudo se han desprendido de su contexto general para presentarse como relatos aislados o bien, en vista de la variedad de asuntos tratados en una misma entrega, se han seccionado y agrupado por temas sin previo aviso, perdiéndose así la unidad textual original y obligando al editor a titular o subtítular de manera discrecional los fragmentos escogidos. No han faltado quienes, tal como hicieron en su día Nervo y Urbina, han publicado las crónicas sin la referencia correspondiente a su lugar y fecha de aparición, lo que desvirtúa a todas luces la naturaleza esencial de la producción najeriana, es decir, el haber tenido como destino, continente y medio de difusión las páginas de los diarios, veloces como las hojas del calendario.

Frente a ese magma constituido por reseñas o críticas literarias, musicales y teatrales; ensayos y artículos reflexivos; poemas y epigramas; cuentos de su propia autoría y adaptaciones o traducciones de relatos extranjeros; novelas cortas, y un cúmulo de crónicas de muy diversa especie, frente a todo esto, digo, la reunión de las obras completas de Gutiérrez Nájera emprendida

en los años cincuenta del siglo pasado por el Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, a partir del esfuerzo y el camino inicialmente trazado por el investigador estadounidense Erwin K. Mapes, constituye sin duda una aportación de singular trascendencia. Dicha empresa filológica ha implicado la fijación de los textos, el hallazgo afortunado de otros que permanecían en el olvido, el establecimiento minucioso de sus múltiples variantes, estudios introductorios y anotaciones escrupulosas, así como también la identificación de seudónimos no registrados por Mapes en el aún imprescindible catálogo publicado en 1953 por la *Revista Hispánica Moderna*.

A ese trabajo de equipo nos hemos acogido en buena medida tanto para conformar parte de las antologías que acompañan el presente volumen, como para proporcionar al lector la referencia hemerográfica de muchos de los textos aquí reunidos. Es de lamentarse, sin embargo, que la compilación de la obra no haya abarcado aún toda la gama de la crónica, como tampoco la producción poética y las adaptaciones o traducciones de obras extranjeras hechas por el autor. Lástima es asimismo que el investigador contemporáneo no pueda tener acceso a los volúmenes publicados al comenzar aquel proyecto —muchos de ellos agotados hace tiempo—, como ya lo hacía notar José Luis Martínez en 1995, con motivo del Coloquio Internacional celebrado en el centenario de la muerte del Duque.



© Litografía de V. Delany

Antigua Plazuela de Guardiola, 1858

REVISTA AZUL

TOMO II.

MÉXICO, 10 DE MARZO DE 1895.

NUM. 19.

EL ÚLTIMO ARTICULO DE MANUEL GUTIERREZ NAJERA

Yo me espanta, como á algunos otros, el repertorio de Vico. Vamos á presentar un desfile, una procesión medioeval como la que describe D. Juan Valera en un cuento que acaba de escribir y al que tituló «La Buena Fama.» El Gran Maestro de ceremonias sin abandonar, por ir á caballo, la áurea pèrtiga, signo de su autoridad; los otros empleados de la real casa: mayordomos coperos, gentiles-hombres y caballeros; el Montero mayor seguido de ceadores y halconeros, con los halcones presos por la pèlucela y poseidos en el puño; catorce damiselas ó meninas de la corte de la reina madre y de las infantas, condesas todas de la más ilustre prosapia, y con diez y seis cuarteles de nobleza la que menos; las damiselas iban con espiñidos atavíos y en palafreos briosos. En pos de ellas igual número de donceles y muchos escuderos y pajes. El corregidor, los secretarios, los capellanes, algunos consejeros y los ayudantes de campo rodeaban al rey y éste oprimía los lomos de un magnífico caballo árabe, que, inquieto y fogoso, pisaba y hacía corvetas.

Callista cabalgaba al lado derecho del rey. A respetable distancia, cuatro robustos lacayos, muy compuestos y pomposos, llevaban en dos sillas de mano á Doña Eduwigis y á D. Prudencio. El Dr. Teófilo caminaba en su mula, como de costumbre. La procesión terminaba con una

brillante escolta de lanceros y flecheros de caballería.

«El Alcalde de Zalamea.» «La vida es sueño.» Lope de Vega, Tirso de Molina, Hartzembusch, García Gutiérrez, D. José Zorrilla, Echegaray... ¿no evocan tales nombres, lances y paños de épocas caballerescas? ¿Y quién mejor que esos poetas representa, ya como abanderado, ya por valiente capitán de tercios, el arte dramático español?

Echegaray es en los días que corren, el que más vale y el que más puede entre los dramaturgos de su tierra; largo y glorioso ha sido su reinado y nadie, ni en los instantes más obscuros y difíciles que sorteo el monarca, tuvo pujanza para arrebatarse el cetro; pues bien, Echegaray, aunque por las sugerencias del medio moderno, pretendía llevar la vida de hoy y los problemas y pasiones de hoy á la escena, es, pésele ó no, poeta romántico, retoño de Calderón y Lope, no prendido á ninguna rama de esos dos árboles frondosos, porque á tal sujeción no se avendría el indómito carácter de él, sino brotado en tronco nuevo, cuyas raíces llegan á las recónditas de la filosofía. Cuando entra á la comedia moderna, pasa los umbrales de ésta con arrogancia de conquistador, sin destacarse para por los salones, y en lo brusco del ademán, en la altivez de la mirada, se le conoce que está por fuerza en tales sitios y que prefiere trepar á abrup-

REVISTA AZUL-87

Hechas estas reflexiones es preciso pasar al análisis detenido de los ensayos sobre historia y asuntos políticos, indisociables a nuestro juicio unos de otros, pero también, dicho sea de paso, del lugar que ocupó Nájera en el periodismo y la sociedad de su tiempo y de las concepciones que tenía de ambos. Si bien como escritor político tuvo escasa resonancia —ya porque su verdadero atractivo para el grueso del público residía en otra índole de temas, ya porque se movió siempre en la ancha y concurrida franja de lo que puede denominarse prensa oficiosa—, seguir sus ideas en torno a la cosa pública arroja cierta luz sobre un aspecto más bien soslayado de su quehacer, al mismo tiempo que contribuye a matizar la estrecha noción del autor modernista en tanto que hombre ensimismado y distante, siempre de espaldas a los asuntos de interés colectivo.

Gutiérrez Nájera escribió, en efecto, sobre algunas de las grandes cuestiones nacionales, mas nunca desde las tribunas de la oposición, a saber, las del liberalismo radical o puro, que denunciaba la traición ideológica a la herencia liberal, o las del catolicismo conservador, adversario contumaz del ateísmo de la Constitución del 57 así como del grupo en el poder, que cerró el paso a los “mochos”.

Los bastiones periodísticos de esas posturas antitéticas en el último cuarto de siglo fueron por un lado *El Monitor Republicano*—fundado en 1844—, y por el otro *La Voz de México* (1876) y, con mayor enjundia, *El Tiempo* (1883). De los tres, el cronista se mofó a placer desde las páginas de los periódicos en los que colaboraba, partidarios estos, con mayor o menor disimulo, del círculo que gravitaba en torno a la fuerza centrípeta de don Porfirio.

Resulta fácil caer en generalidades al hablar del conjunto de la prensa nacional en un lapso tan dilatado; sin embargo, es bien sabido que el periodismo y los periodistas de oposición fueron víctimas constantes del acoso oficial, situación que al menos en la primera mitad de los años ochenta no impidió que surgiera un sinnúmero de publicaciones variopintas, casi todas de corto aliento debido a su naturaleza coyuntural, pero sobre todo por su vocación crítica o combativa. Es incuestionable la importancia que tuvo *El Nacional* de Gonzalo Esteva en la proyección de la estética y los gustos modernistas durante el periodo que va de 1880 a 1884, pero tanto el diario como el semanario dominical simpatizaban con el gobierno. Lo mismo puede decirse de los otros periódicos más favorecidos por la pluma de Nájera: *La Libertad* había dejado de ser lo que fue bajo la dirección de Justo Sierra; *El Siglo XIX*, otrora joya de la prensa liberal, languidecía en la mediocridad; *La Patria*, otro tanto, y *El Partido Liberal*, del que Gutiérrez Nájera llegaría a ser jefe de redacción, destacaba sobre todo por su proximidad al poder. En cuanto a *El Universal*, resulta claro que la personalidad de su artífice, Rafael Reyes Spíndola —más tarde fundador de *El Mundo* y *El Imparcial*— imprimía al diario una orientación más moderna y un carácter más ameno, aunque sin cruzar nunca la frontera de lo políticamente tolerable.

No podemos reprocharle al Duque el haber estado desde su primera juventud con el bando moderado o, para expresarlo con perspectiva histórica, con el bando cada vez más conservador. Procedía de una familia de la reducida clase media y su natural, desde pequeño, había propendido a las lecturas refinadas y los gustos exquisitos. El afrancesamiento completo que no pudo obtener con el aprendizaje de la lengua de Hugo (afrancesamiento, conviene recordar, que era extensivo en mayor o menor grado a todas las élites de la época) acabó de dárselo, al menos de modo simbólico, el matrimonio con Cecilia Maillfert, hija de un editor y librero galo. Para muchos de su generación, formación y posición social los derroteros del país no pasaban más por el romanticismo costumbrista, las inacabables guerras patrias y la perenne desolación rural. Desde la restauración de la República el positivismo había tomado carta de naturalización y las miras de muchos empezaron a estar puestas en esa paz tantas veces interrumpida o aplazada por las urgencias bélicas. Sin embargo, ni siquiera

el prometedor ascenso pacífico de Lerdo de Tejada a la presidencia había conjurado la violencia cíclica, y la Constitución de 1857, orgullo de los liberales puros, se había convertido en bandera de varias intenciones, dada la posición vulnerable en la que había relegado al Poder Ejecutivo. En estas condiciones no es difícil entender que el anhelo de modernidad empezara a asociarse con una presidencia vigorosa, la inversión de capitales extranjeros y un cuestionamiento creciente a la letra de la Carta Magna.

Desde 1879 Gutiérrez Nájera había arremetido contra ella, esgrimiendo la que sería su divisa en esta materia: “Nosotros en política somos enemigos irreconciliables de la utopía”.¹² Así pues, el ideal que se percibe y se persigue en su poesía, sus relatos y en cierto género de crónicas, esa cima inalcanzable que mueve las fibras del artista, se convierte aquí en un pragmatismo que nada pide al de don Porfirio y sus adláteres. Muchas cosas compartía con ellos no obstante los casi treinta años que separaban a Gutiérrez Nájera de la generación del presidente: el rechazo a las constantes asonadas que habían impedido el progreso del país, la convicción de que este dependía del crecimiento estable de la industria y el comercio, y, por último, la certeza de que el pueblo no estaba preparado para ejercer las inmensas libertades que le otorgaba la Constitución. Con argumentos similares, católicos y conservadores habían atacado y seguían atacando el código fundamental; pero a diferencia de los porfiristas, aquellos eran herederos de la facción perdedora en la guerra de Reforma y en la aventura del segundo Imperio, mientras que Porfirio había llegado al poder, si bien por obra de un pronunciamiento contra el presidente Lerdo, también tocado de los lauros que había conquistado para las filas liberales. En otras palabras, era el auténtico heredero del liberalismo triunfante y, a ojos de sus partidarios, estaba legitimado por la historia. No en vano Nájera, transmutado en Ignotus, declararía años más tarde impregnado del espíritu de su tiempo: “El partido del general Díaz no es más que una de las fases que ha tomado en nuestra evolución política el gran partido liberal”.¹³

Ya que apenas corría su primer mandato (1876-1880)—durante el cual se dieron, por cierto, los intentos iniciales de poner coto a ese periodismo militante y doctrinario que había defendido con lucidez la causa de la Reforma y la soberanía nacional—, era quizá demasiado pronto para que Díaz revelara su escepticismo fren-

te a la obra de los constituyentes, así como su toma de distancia respecto de los más rancios principios liberales, sin duda un obstáculo para un gobierno enérgico. No obstante, voces como la de Gutiérrez Nájera a todas luces abonaban el camino que Díaz habría de volver a recorrer de vuelta a la presidencia, aun cuando su bandera tuxtepecana contra Lerdo hubiera sido justamente la no reelección. Si no fuera por sus escasos veinte años y la condición aún bisoña del cronista, cabría pensar en la posibilidad de que ocasionalmente hubiese sido uno de los escritores asalariados de don Porfirio, habida cuenta de la llamativa coincidencia entre lo que, visto en retrospectiva, parecen ser las miras del presidente y la certera oportunidad con que Nájera lanzaba sus dardos.

Uno de sus textos significativos de aquellos años fue la contundente argumentación con que manifestó su malestar ante la no reelección sucesiva, disposición que fue reincorporada a la Carta Magna en mayo de 1878. Al año siguiente, cercano ya el término de la primera presidencia porfirista y palpable el desencanto general por su aparente fracaso, el joven escritor embestía contra la enmienda constitucional, alegando que esta implicaba “una enorme cortapisa a la libertad ilimitada del sufragio”, sin evitar, por otra parte, “la prolongación en el poder de un partido o de una facción personalista”.¹⁴ ¿Estaba convencido a hora tan temprana de que Porfirio Díaz era el “hombre necesario” en el que se convertiría más adelante, o era su respeto al sufragio el que lo llevaba a expresarse de ese modo? Esta segunda posibilidad parece poco viable a la luz de lo que escribiría apenas un año después para *El Nacional*, en un artículo cuyo mero título, “Política racional”, parece estar muy en sintonía con ese cientificismo del que abominaba en el ámbito literario o creativo. A propósito del sufragio, declaró:

Mi conciencia repugna esa supremacía del mayor número sobre el menor; y tan no voy descarriado en esta repugnancia que aun los mismos partidarios de tal doctrina han procedido siempre y constantemente como si la desconocieran, puesto que niegan el sufragio a las mujeres de todas las edades y a los varones de menos de veintiún años. [...] La soberanía del pueblo, tal como está constituida, no es más que la oligarquía de los varones mayores de veintiún años.¹⁵

Conviene hacer notar que salvo cinco o seis artículos de contenido político firmados por Ignotus o por

¹² M. Gutiérrez Nájera, “A propósito de un aniversario”, *La Colonia Española*, 5 de febrero de 1879, *Obras XIII*, p. 11. Para documentar más ampliamente la postura de Gutiérrez Nájera frente al tema de la Constitución véase también M. Gutiérrez Nájera, “La cuestión política”, *La Voz de España*, 18 de julio de 1879, *Obras XIII*, pp. 17-23.

¹³ Ignotus, “El porfirismo”, *La Libertad*, 6 de junio de 1884, *Obras XIII*, p. 198.

¹⁴ M. Gutiérrez Nájera, “La no-reelección”, *La Voz de España*, 27 de septiembre de 1879, *Obras XIII*, p. 26.

¹⁵ M. Gutiérrez Nájera, “Política racional”, *El Nacional*, 18 de noviembre de 1880, *Obras XIII*, pp. 43-44.

Junius, los casi cincuenta que escribió hasta su muerte fueran publicados ya con su nombre completo, ya bajo la firma M. Gutiérrez Nájera, ya con su anagrama, sin duda reconocible para los lectores. El hecho se presta desde luego a varias conjeturas. Una de ellas es la advertencia que tenía el autor de la gravedad de los asuntos que abordaba en esos textos, poco aptos, por ende, para ser suscritos con un seudónimo chusco. La otra se refiere tal vez a la voluntad de sostener con la frente en alto sus posturas políticas, sin querer embozarse tras una identidad ficticia. Sin embargo, existe otra alternativa, esta en sentido inverso, pero también plausible: en una época en que la delación y represión a los periodistas alcanzaban cotas altísimas, tal como sucedió de manera creciente a partir del *interregno* de Manuel González, era imperativo dejar bien claro quién era el autor de esos escritos laudatorios o complacientes con el régimen.

Laudatorio y complaciente fue Gutiérrez Nájera ante el relevo de poderes de diciembre de 1880, razón por la que recibió el nuevo año despidiéndose del “pobre año muerto”, condenado al olvido porque su calendario no se había teñido con la sangre de rebeliones o pronunciamientos.¹⁶ Se trata de un texto de impecable factura, mezcla de reflexión política y emoción lírica, en el que la imaginación desciende a espacios cotidianos e intimistas para adoptar después los tintes épicos que reclama “la República honrada”. La pieza retórica —más bien excepcional en esta clase de artículos donde el autor tiende a desarrollar un hilo argumentativo— puede verse como un elogio inequívoco, aunque tangencial, al presidente saliente, a la sazón ave de paso en la secretaría de Fomento. Sin embargo, la complacencia y el optimismo del joven Nájera no disminuyen ni un ápice durante la gestión gonzalista, cuyas transacciones aplaudió sin miramientos en tanto que estímulos al flujo benéfico de capital extranjero,¹⁷ y cuyas medidas secundó como necesarias para preservar el orden del país, valor que cotizaba a la alta. Ejemplo extremo de esta actitud hacia González es “Los hombres de Estado”, comentario confeccionado con una palabrería tan excesiva y hueca que por momentos parece dictada por la inercia, cuando no por la destreza adquirida para el elogio.¹⁸

Una de las medidas más importantes del periodo 1880-1884 fue la modificación a los artículos sexto y séptimo de la Constitución y a su ley orgánica correspondiente, con lo cual se restringía de golpe la libertad de imprenta en aras del respeto a la honra y privacidad de los individuos. El tema lo había abordado Gutiérrez

Nájera en cinco o seis ocasiones antes de abril de 1883, fecha de la enmienda, manifestándose desde luego a favor de la libertad de expresión, pero en contra del libertinaje,¹⁹ y dirigiendo incluso invectivas biliosas, poco usuales en él, a quienes abusaban del derecho a manifestarse por escrito. En marzo del año 83, cuando el tema encendía las discusiones en la cámara, el cronista imaginaba lo que sucedería de no ponerse freno a los excesos:

mañana puede llamarse ladrón y asesino al presidente de la República, puede sacarse a plaza la vida íntima de los ministros, puede correrse el velo de todos los templos y el cortinaje de todas las alcobas; nadie está libre de ver hoy o mañana las cosas más secretas de su vida a la luz cruda de la publicidad; todos vivimos en una casa de cristal, y nuestros más ligeros movimientos han de ser conocidos y anotados por ese gran curioso impertinente que espía por el agujero de la llave y se esconde debajo de la cama.²⁰

La redefinición de los ámbitos público y privado era sin duda uno de los retos derivados del proceso de secularización característico de la modernidad, de ahí la atingencia del autor para señalarlo a propósito de la libertad de imprenta. Conviene recordar aquí que muchos positivistas de la época, engolosinados con el progreso que ya tocaba a la puerta, habían propuesto sustituir por una moral laica la espontánea contención que brindaba la religión en el estado metafísico de las sociedades, cosa que jamás consiguieron. La actitud de Gutiérrez Nájera, sin embargo, va en ese mismo sentido, además de que parece advertir con clarividencia un futuro en el que las noticias, la publicidad y las comunicaciones ganarían tanto terreno que no dejarían ni un resquicio a la intimidad. Por eso vale la pena detenerse en la lectura de los artículos sobre periodismo, en los que además de frecuentes alusiones a su método de trabajo, él mismo se delata a veces como curioso irredento, entregado con fruición a la pesca de asuntos para airear en los diarios:

Mi amigo Benito Juárez [hijo] es, a todas luces, un hombre inmovible; me lleva galantemente a una tertulia y me prohíbe, bajo pena de excomunión, que diga una palabra acerca de ella. Esto es inaudito. Un periodista no es un hombre, es una publicidad que anda y que mira. Sus ojos no son suyos solamente, son de la multitud que ve por ellos [...] La hambrienta curiosidad del público le pide cada día manjares nuevos, y a falta de ese guisado a la tártara que hemos llamado *escándalo*, y de ese pimientito de

¹⁶ M. Gutiérrez Nájera, “Año Nuevo”, *El Nacional*, primero de enero de 1881, *Obras XIII*, p. 58.

¹⁷ Véase M. Gutiérrez Nájera, “La invasión americana”, *El Nacional*, 21 de abril de 1881, *Obras XIII*, “La pacífica invasión yankee”, pp. 93-94.

¹⁸ Véase M. Gutiérrez Nájera, “Los hombres de Estado”, *El Nacional*, 23 de febrero de 1882, *Obras XIII*, pp. 141-144.

¹⁹ Véase M. Gutiérrez Nájera, “Libertad, no libertinaje”, *El Nacional*, 25 de octubre de 1881, *Obras IX*, pp. 80-83.

²⁰ Junius, “Cartas de Junius”, 21 de marzo de 1883, *Obras IX*, “La libertad de imprenta”, p. 158.

Calahorra que se llama *insulto*, sirve, para aplacar el hambre pública, una lonja de vida privada en salsa de aventuras.²¹

La actitud del autor para con la administración gonzalista no dejaría de cobrarle factura al término de esta, cuando acusado por *El Nacional* de ser el director fantasma del *Diario Oficial*, así como de sus apasionadas defensas a los errores de González, el cronista hubo de desmentir públicamente que fuese el director del *Diario*, declarar que los artículos que escribía iban acordes con su conciencia y explicar que su salida de *El Nacional* no se debía más que a la exclusividad que le había pedido el director, Gonzalo Esteva: “yo vivo *exclusivamente* de mi pluma —replicó—, y para vivir no me basta un sueldo de cien o ciento cincuenta pesos, razón por la que he escrito en varias publicaciones a la vez”.²² El intercambio periodístico no pasó entonces a mayores —aunque años después Esteva y Nájera se enfrentarían a duelo—, pero ilustra bien la clase de rencillas que se daban aun entre los diarios de la prensa alineada con el régimen, así como el resultado de la escritura poco comedida del cronista hacia los hombres del poder. Ser tildado de director fantasma del órgano gubernamental constituía un oprobio, en vista del ocultamiento y la deshonestidad que ello involucraba.

²¹ M. Gutiérrez Nájera, “Ecos de salón. Cosas del mundo”, *El Nacional*, 7 de noviembre de 1880, *Obras IX*, “No hablaré”, p. 41.

²² Manuel Gutiérrez Nájera, “Al Nacional”, *El Partido Liberal*, 30 de abril de 1885, *Obras IX*, “Motivos de una separación. Al Nacional”, pp. 243-248.

No podemos pasar por alto, antes de analizar otros temas, la inserción de Gutiérrez Nájera en el entramado del sistema político de aquellos años, muy a la manera en que acostumbraba repartirse, desde las cámaras de Palacio, los puestos de “elección popular”. Hasta donde sabemos —aunque no hay que olvidar que parte de la crónica sigue dispersa—, el asunto no lo abordó directamente Nájera en sus páginas periodísticas, pero es un hecho que formó parte del poder legislativo desde el año 85, es decir, a partir de la segunda presidencia de Díaz, cuando ocupó la curul de diputado suplente por el cantón de Tepic, en la XIII Legislatura. Dos años después llegaría a ser diputado propietario por el 15° distrito del Estado de México, con sede en Texcoco, lugar donde suponemos que debe de haber estado por lo menos una vez. La sinicura, acaso una recompensa por los favores recibidos de su escritura, sería vitalicia, lo que significa que a partir de entonces el cronista dejó de vivir exclusivamente de su pluma, aunque quedó comprometido a todas luces con la política del régimen, condición que, como hemos visto, era inocultable desde tiempo atrás. A la manera de quien celebra un acto ritual cíclico, al concluir el año 88 —y con él el segundo periodo presidencial de don Porfirio— el Duque presentó su incensario humeante ante el altar oficial, enumerando con detalle los logros alcanzados en casi todos los ramos de la administración pública.²³ Ninguno dejaba nada que desear. El texto parece escrito por alguien

²³ Véase Manuel Gutiérrez Nájera, “1888”, *El Partido Liberal*, primero de enero de 1889, *Obras XIII*, pp. 221-233.



© Fotografía de V. Dehery

Plaza de Armas de México, 1858

empapado del programa gubernamental y sus prioridades. ¿Lo estaba él acaso, tan sólo siete meses después de haber conseguido una diputación permanente?

Es interesante comparar las posturas del Duque ante la libertad de imprenta y la Constitución vigente con las palabras que escribió a propósito de Francisco Zarco, paladín de la libre expresión durante los años más álgidos del conflicto entre liberales y conservadores —había reglamentado los artículos constitucionales modificados durante el gobierno gonzalista— y, para mayores datos, diputado y cronista del congreso constituyente de 1856; es decir, un liberal de pura cepa. En 1889, cuando Díaz estaba ya bien asido a la silla presidencial gracias a la posibilidad de reelección ilimitada y Nájera, convertido en diputado, espaciaba cada vez más sus artículos políticos, el cronista dedicaría estas líneas al célebre periodista prematuramente desaparecido:

¿Y qué más grandes héroes, qué más grandes lidiadores, que estos héroes y lidiadores de la idea? Un pedestal aguarda en ese paseo [de la Reforma] la estatua de don Francisco Zarco. Que él represente, porque nadie lo ha merecido más que él, en esa guardia palatina de la República, al periodismo. Ser periodista —¡periodista como él lo fue!—, ¿no es ser caudillo?, ¿no es librar una batalla diaria?, ¿no es recibir una herida cada día más? ¡Herida que no se ve, pero de esas heridas a las que puede aplicarse la frase que una inscripción latina aplica a las horas: *Ultima necat!* ¿Ser periodista como Zarco no es dar la vida poco a poco a la libertad y a la República?²⁴

Pero no había contradicción alguna entre esta evocación del heroísmo de la pluma y el nuevo estado de cosas. El régimen cumplía con el deber de honrar a *sus* padres aunque estos fueran ya reliquias de un estado social superado por obra de la ciencia positiva; de ahí que Juárez empezara a consagrarse entonces como figura señera del panteón nacional, mediante la solemne conmemoración anual de la fecha de su deceso. En ocasión de la de 1881, la personalidad inmovible de don Benito había sido captada por Gutiérrez Nájera en una breve semblanza que forma parte de sus ensayos de tema histórico. Estos, sin embargo, de ninguna manera agotan las meditaciones del autor en torno al pasado, ya que buena parte de su obra está atravesada aquí y allá con alusiones a la historia, a veces como pretexto para referirse al paso del tiempo en clave melancólica, otras como motivo de especulación filosófica sobre las leyes que la rigen, pero también, sobre todo, como posible objeto de recreación literaria, ya sea en prosa o en verso. En este sentido, sin vacilar se inclina más por el

²⁴ s/f, “Dos estatuas”, *El Partido Liberal*, primero de febrero de 1889, *Obras I*, “Leandro Valle e Ignacio Ramírez. Dos estatuas”, p. 345.

estilo de Michelet en su obra sobre la Revolución francesa que por el de Taine: esta, una anatomía; aquella, una resurrección. Una vez más, igual que en la literatura, a la precisión del escalpelo prefiere el fuego que reanima a la revolución hasta el grado de hacer sentir “el calor de sus mejillas” y mirar “la palpitación de su seno”.²⁵ Es evidente que lejos de circunscribir sus meditaciones históricas al pasado mexicano, el Duque se adentró con paso seguro en algunos episodios y protagonistas del europeo, entre los cuales destaca el retrato que dibujó de Giuseppe Garibaldi en “La camisa roja”, texto crítico de cierta clase de héroes que, como el italiano, cosechaban inmerecidas glorias.

Enemigo de “ese patriotismo sonoro que tanto aprovecha a los píndaros de gaceta”²⁶ y opuesto a las versificaciones septembrinas hechas a modo,²⁷ el cronista sin embargo nunca desechó a la poesía como medio para expresar el sentimiento de exaltación nacional, ante el cual el poeta debía ser arrebatado y sublime. Aunque muchos de sus ensayos sobre estética literaria están dirigidos a enfatizar la primacía de la inspiración lírica y del vuelo del espíritu sobre los mandatos morales o la tiranía del raciocinio y la realidad, en la “Carta abierta al señor don Ángel Franco” el modernista hace gala de su oficio al explicar, echando mano de una metáfora bélica, cómo puede (y debe) irrumpir el verso en la prosa:

Ajuste su prosa al asunto de que se trate [...] Pero si llega el entusiasmo precedido por los redobles del tambor; si flamean los ideales, si calienta el sol de las bayonetas, que surja de esa prosa el *yambo* fulmíneo, que entre el verso batallador por entre sus filas apretadas, como entra el toque de clarín sacudiendo las soñolientas energías.

Entonces la r se retuerce, retumba el período, relampaguea la frase descarada, raya la pluma el papel en que escribimos; ruedan rugiendo las palabras; y al término, en la cumbre, se clava la bandera, orgullosa, flameante, llena de vida, llena de calor, llena de sol. Poco importa que el verso entre: es un aliado... es la música del regimiento.²⁸

En algunos momentos Nájera se entregó a entusiasmos patrios de esa índole, pero también mostró un interés sobrio y reflexivo por los problemas económicos y sociales más urgentes de su tiempo. Así, pese a que aplaudía la llegada de capital norteamericano,

²⁵ M. Gutiérrez Nájera, “14 de julio”, *El Partido Liberal*, 14 de julio de 1886, *Obras X*, p. 137.

²⁶ Ignotus, “Dos de abril”, *La Libertad*, 2 de abril de 1884, *Obras X*, p. 97.

²⁷ Véase al respecto la crónica satírica suscrita con las iniciales G. N. y titulada “Correo de México”, que apareció en *La Libertad* el 19 de septiembre de 1883. *Obras I*, “Literatura patriótica”, pp. 227-229.

²⁸ Manuel Gutiérrez Nájera, “Carta abierta al señor don Ángel Franco”, *El Partido Liberal*, 19 de marzo de 1893, *Obras I*, pp. 95-96.

advirtió del peligro que implicaba no ponerle un contrapeso mediante la protección simultánea a las empresas europeas.²⁹ Su espontánea filiación al viejo continente lo hizo ver con malos ojos ciertos rasgos de la cultura *yankee* que los mexicanos debían cuidarse de adoptar. Uno de ellos era nada menos que su desenvoltura, a la que definió con sorna como “el impudor de las piernas de pavo frío que nos sirven en las fondas”.³⁰ Otro de los problemas que supo percibir con gran claridad —él, que pensaba siempre en México como comensal distinguido en la mesa de la gran civilización occidental— fue el escaso conocimiento que había del país en el extranjero, situación que era imperativo subsanar mediante una labor diplomática inteligente, capaz de imprimir en el imaginario europeo una visión de los mexicanos “sin plumas de color en la cabeza, ni rota piel de tigre sobre la recia trabazón de nuestro cuerpo, ni flecha empapada en jugo ponzoñoso, dentro del gran carcax abigarrado”.³¹

Esperanzado en los bienes que aportaría la educación a la gran masa de los mexicanos y opuesto tenaz al militarismo —aunque consideraba utópico pensar siquiera en la sobrevivencia de la nación sin contar con un ejército bien disciplinado—, era sin embargo partidario de la pena de muerte, ya que a su juicio, “el neromismo intermitente [...] es sumamente favorable para el mejoramiento de la raza humana”.³² Esto nos conduce por fuerza a lo que a la sazón se denominaba con eufemismo “la cuestión social”, la cual no era otra cosa que el obstáculo que significaba la población india para un proyecto estatal modernizador, como era el de Porfirio y los científicos. No es este el lugar para ahondar en un tema tan vasto, cuya genealogía ideológica y filosófica se remonta hasta el orden colonial; aun así, es menester hablar de la posición del Duque respecto a ese amplio sector de la población, parte del cual padeció en aquellos años la dureza represiva del régimen, o bien protagonizó rebeliones locales que revelaban que la marcha de las cosas no era tan halagüeña.

Fácil es adivinar que el cronista compartía con muchos hombres cultos de su tiempo una visión evolucionista de la sociedad, extrapolada de las pesquisas de Darwin sobre el desarrollo y sobrevivencia de las especies en la naturaleza. Dicho *grosso modo* —y a riesgo de

²⁹ Véase M. Gutiérrez Nájera, “La invasión americana (Al *Heraldo Comercial*)”, *El Nacional*, 26 de abril de 1881, *Obras XIII*, pp. 93-94.

³⁰ El Duque Job, “Crónicas deshilvanadas”, *La Libertad*, 2 de marzo de 1884, *Obras V*, “Nuestros teatros en manos de los *clowns*”, p. 317. Sobre este mismo tema véase también Junius, “Cartas de Junius”, *La Libertad*, 23 de febrero de 1883, *Obras XIII*, “Manía de hablar inglés”, pp. 165-169.

³¹ M. Gutiérrez Nájera, “México en el extranjero”, *El Nacional*, 30 de diciembre de 1880, *Obras XIII*, p. 52.

³² Puck, “Crónica”, *El Universal*, primero de julio de 1894, *Obras inéditas*, p. 122.



simplificar demasiado un asunto por demás intrincado—, el darwinismo social entendía el desarrollo de las comunidades humanas en función de características raciales que determinaban la capacidad de sobrevivencia en la lucha por la vida; en otras palabras, el dominio del más fuerte era casi un axioma biológico tanto entre sociedades diversas como entre los estratos que componían cada una de ellas.

Varios textos de Gutiérrez Nájera abordan el tema de los indios. Algunos desde una perspectiva histórica, otros con un sentido pragmático no exento de toques de ironía, y los menos como digresión incidental de otros temas. “Los indios y M. Claudio Jannet” y “La raza y el progreso de México” pertenecen a la primera categoría y pueden verse como discursos complementarios aun cuando fueron firmados con nombres distintos y publicados en diferentes periódicos.³³ Se trata aquel de un extenso ensayo cuya tesis principal —opuesta a la del sociólogo francés Jannet y a la del norteamericano J. W. Draper— radica en sostener que fue benéfica para los

³³ Véase M. Gutiérrez Nájera, “Los indios y M. Claudio Jannet”, *El Partido Liberal*, 8, 14 y 21 de septiembre de 1893, *Obras X*, “Los indios y *monsieur* Claudio Jannet”, pp. 247-263 y Junius, “Vuelve *La Revista de Dos Mundos* a ocupar nuestra atención. La raza y el progreso de México”, *El Universal*, 13 de septiembre de 1893, *Obras X*, “La raza y el progreso de México”, pp. 265-269.

indígenas la acción evangelizadora de los españoles y que “amén de inútil es disparatado darse a divagar imaginando qué habría pasado si, en vez de españoles, vienen franceses, anglosajones o venecianos”. La base de sus asertos es la inferioridad inherente a las culturas mesoamericanas al compararlas con otras civilizaciones contemporáneas suyas, así como la condición meramente “imaginaria” del indio como “criatura superior, desposeída de sus excelencias por la conquista española, [...] grande como guerrero, egregio como artista [y] magno como filósofo y legislador”. Aunque cita varios pasajes de Justo Sierra sobre el tema, discrepa del maestro y amigo cuando este afirma que el cristianismo abolió los sacrificios humanos, pero en cambio volvió al indio completamente pasivo. Al respecto, Gutiérrez Nájera revira: “de este mal no resultan culpables los misioneros. Ellos habían venido a predicar esa resignación que constituye la esencia del cristianismo. Eran ellos mismos [los indios] absolutamente pasivos”.

La noción del hombre mesoamericano civilizado en tanto que “ente imaginario” asoma también en una conocida crónica del Duque, esta en tono de amonestación, escrita a propósito del traslado de una deidad teotihuacana a la Ciudad de México. “Con perdón de la diosa” aventura el autor que la pieza monolítica “ha de ser fea, porque todas las deidades aztecas eran feas”, y a continuación —desaprensivo ante la confusión de los aztecas con los teotihuacanos— su mirada crítica y su pragmatismo ponen el dedo en la llaga: la preocupación colectiva volcada en los indios idealizados del pasado contrastada a la indiferencia general hacia el indio

del presente, agobiado por “la ignorancia, el cuartel y la tortilla”.³⁴ Una prueba de tal indiferencia, por no decir del desprecio que inspiraba el elemento indígena, la ofrece el propio Gutiérrez Nájera en una crónica teatral escrita con motivo de la presentación en México de la ópera *Il Guarany*, obra de un dramaturgo brasileño ambientada en América del Sur:

para la mayoría del público todo indio bárbaro es mexicano. Los europeos ven con deleite la figura de un cacique pintado a la pompeyana; nosotros, no. Nada causa peor efecto en el teatro que una tragedia azteca o una aventura entre los apaches. Los indios están fuera de la comunión teatral, no obstante los esfuerzos muy loables de Alfredo Chavero. Para que el auditorio se conmueva es necesario que los personajes calcen la espuela de los caballeros españoles o vistan el frac de los gomosos europeos. Las indias no saben más que hacer tortillas, y un Abelardo perteneciente a la honorable raza de nuestros peones de tajo, haría reír a los espectadores.³⁵

Así pues, fuera del salón de monolitos del Museo Nacional la cultura indígena no tenía cabida en el plan porfirista más que a costa de dejar de existir, esto es, de negarse a sí misma y encaramarse como pudiese a la rugiente locomotora en marcha. **U**

³⁴ El Duque Job, “Con perdón de la diosa”, *El Partido Liberal*, 13 de octubre de 1889, *Obras X*, pp. 189-193.

³⁵ El Duque Job, “Crónicas mundanas”, *La Libertad*, 13 de enero de 1884, *Obras V*, pp. 279-280.



La Alameda de México, 1858